

EL SURGIMIENTO DEL NACIONAL-POPULISMO EN FRANCIA: EL CASO DEL FRENTE NACIONAL

HENRY REY

EL FRENTE NACIONAL SE FUNDÓ EN 1972 con la fusión de diversos grupos minoritarios de la extrema derecha francesa. Durante mucho tiempo vegetó en la marginalidad electoral antes de conocer, en 1983, algunos triunfos locales en las elecciones municipales y de lograr en 1984, en ocasión de las elecciones europeas, un avance sobresaliente con la obtención de 11.2% de la votación y el apoyo de dos millones de electores. A partir de entonces se confirmó y extendió su alcance electoral. En las elecciones presidenciales de 1995 el líder del partido, J.M. Le Pen, sobrepasó el límite de 15% de votos emitidos, que corresponde a más de 4.5 millones de electores, y en las elecciones municipales de junio de 1995 el FN conquistó tres municipalidades de ciudades importantes, entre ellas la de Toulon, de más de 100 mil habitantes; además uno de sus viejos dirigentes se convirtió en alcalde de la quinta ciudad de Francia, Niza.

El retorno a la escena política de una extrema derecha poderosa, con resultados nunca logrados a lo largo de la historia en Francia, no constituye un fenómeno aislado en Europa. Si se deja de lado el caso de Italia, donde se conjugan las especificidades de una tradición neofascista posterior a la posguerra y el reciente desmoronamiento del sistema de partidos (Democracia Cristiana/Partido Socialista), en muchos países de Europa Occidental, algunos movimientos de extrema derecha han obtenido también, de manera más o menos constante, el apoyo de una parte importante del electorado, principalmente en Austria, y además en Bélgica, Alemania, Holanda y Dinamarca.

De cualquier manera, es en Francia donde la posición de la extrema derecha parece relativamente más fuerte por la *regularidad* con la que ha asegurado el apoyo de una importante proporción del electorado y por la tendencia que ha seguido en el *avance* de sus resultados.

El surgimiento del Frente Nacional a comienzos de los años ochenta planteó a los observadores y politólogos muchos problemas de interpretación. Las razones de su éxito se buscaron inicialmente en la correspondencia entre los temas que estructuraban su discurso, centrados en torno a la hostilidad hacia los extranjeros, la denuncia de falta de seguridad y la situación objetiva en la que se encontraban amplios sectores de la población. De este modo el análisis de la motivación de los votos a favor del FN develaba la regularidad de una repartición geográfica entre el este y el oeste del país, por una línea que cruza por El Havre, Valence y Perpiñán. Al este de esta línea se sitúan las principales aglomeraciones urbanas y las regiones industrializadas donde la población de origen extranjero es más numerosa y donde las estadísticas de la policía muestran una tasa de delincuencia mayor, la Francia de los miedos urbanos. Demógrafos, sociólogos y geógrafos han puesto atención a las lógicas espaciales de la implantación electoral del FN. Sin embargo, las relaciones entre el voto por este partido y la presencia de los extranjeros o las tasas de delincuencia no quedan establecidas en absoluto cuando se realiza un análisis fino, el de la ciudad o del barrio, y sólo se pueden comprobar en un ámbito geográfico medio, el del departamento.

Pese a los esfuerzos realizados por los especialistas para ocultar esta relación, entre los observadores y políticos subyace la hipótesis de que los sujetos situados en un entorno difícil han votado a favor del FN como protesta contra su situación *concreta*.

En efecto, P. Perrineau¹ se ha apresurado a poner en evidencia el carácter indirecto de la relación entre el voto a favor del FN y las condiciones del entorno de los votantes. El repudio al inmigrado y el miedo al malviviente no se nutren primordial ni sistemáticamente de las experiencias personales, de vecindad, o de la condición de víctima. Es principalmente en el imaginario donde se forjan los odios y los miedos fantasmales; el extranjero rechazado no es aquel con quien uno convive, sino a quien uno ve desde lejos. A este lazo indirecto entre presencia extranjera y éxitos electorales del FN, Perrineau lo denominó *el efecto de halo*, que lleva a votar en mayor número por la extrema derecha a los electores de los cantones de montaña de los Alpes, que a los ubicados en las zonas industriales de los valles o a los que habitan en los pequeños poblados vitícolas de Alsacia o en las zonas periféricas urbanas

¹ N. Mayer y P. Perrineau (coords.), *Le Front National à découvert*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1989.

tradicionales. El carácter mecánico de la relación entre el voto a favor del FN y los factores del entorno resulta así poco fértil para la explicación, incluso erróneo.

Esto se agrava al observar que el análisis sociológico del electorado del FN aplicado en las sucesivas consultas incluye lo mismo grandes constantes que enormes variaciones. Desde sus inicios en 1984 hasta las elecciones más recientes de 1995 este electorado, policlasista de entrada, muestra variaciones en su composición interna, con el progresivo aumento en sus filas de las categorías populares y la relativa disminución de la pequeña burguesía tradicional, formada por profesionistas independientes, comerciantes y agricultores. Se advierte además una fuerte especificidad de las motivaciones expresadas por el socialmente heterogéneo electorado del FN en las encuestas de opinión.

Con la expresión de su rechazo a la presencia de los extranjeros, sus preocupaciones por la seguridad y una visión pesimista del futuro, los electores y simpatizantes del FN se distinguen con toda claridad del resto del electorado por el valor que conceden a estos temas y la decisión prioritaria de enfrentar estos retos, incluso en detrimento de la preocupación acerca del empleo, que se ha vuelto consensual, pues el crecimiento del desempleo y el debilitamiento de los estatus profesionales la han colocado en un primer plano en Francia. Estas características motivaron la elaboración de un enfoque psicosocial del perfil de los electores del FN; sus conclusiones² expresan que se puede encontrar en ellos ciertos rasgos de la "personalidad autoritaria", situarlos en escalas de actitud etnocéntrica y subrayar su relación con valores post-materialistas.

El avance electoral del FN ocurre en un momento muy particular de la vida política francesa: cuando llega al poder una izquierda dominada por el Partido Socialista, fenómeno desconocido desde el establecimiento de la V República. La radicalización de las agrupaciones políticas de derecha, colocadas en la oposición, se conjuga con la renuncia no confesada de los socialistas del gobierno a sus ambiciones de transformación social, provocada por las presiones exteriores que resintieron a partir del segundo año de la presidencia de F. Mitterrand. En este contexto de profundos cambios, por una parte, y de bloqueo del juego político, por la otra, el FN encuentra un terreno fértil para su expansión, que se ve favorecida por la serie de elecciones or-

² N. Mayer, "Ethocentrisme, racisme et intolérance", en CEVIPOF, *L'électeur français en questions*, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1990.

ganizadas mediante el sistema de voto proporcional (las europeas de 1984, las legislativas y regionales de 1986) y además por la proliferación de "casos" judiciales en contra de algunos políticos que pertenecen a los partidos de gobierno.

Así, anticiparemos tres grandes factores que pueden explicar el surgimiento del Frente Nacional y dar cuenta de sus primeros años en tanto fuerza política importante (1984-1989), y que están íntimamente relacionados entre sí:

1) un factor de campo, el de la Francia urbana en crisis, que sufre lo que Durkheim (a pesar de ciertas divergencias de exégesis) denomina anomia urbana y que lleva a una parte del electorado a rechazar la presencia de extranjeros y a la afirmación de un fuerte sentimiento de inseguridad;

2) un factor psicosocial, ligado a la personalidad de los electores del FN y a la singularidad de sus sistemas de valores;

3) un factor propiamente político, que remite a la crisis de la representación política.

Antes de interrogarnos sobre su pertinencia, veamos con más detalle cada uno de los componentes de este sistema de interpretación.

UNA FRANCIA URBANA EN CRISIS

De manera constante, el mapa de las zonas con mayor incidencia de votación a favor del Frente Nacional coincide, a partir de 1984, con el de las regiones industriales y el de las grandes aglomeraciones urbanas. Aun cuando, de elección en elección, la influencia del FN se extiende como mancha de aceite a zonas cada vez más difusas del territorio, es en aquellas regiones donde obtiene sus mejores resultados y echa raíces más profundas. En muchas ciudades del norte y del este, Le Pen logró reunir a más de una cuarta parte del electorado en las elecciones presidenciales de 1995 (Mulhouse, St-Dizier, Maubeuge, Tourcoing, etcétera). La combinación de dimensión urbana y pertenencia a zonas desindustrializadas o en vía de desindustrialización ofrece las mejores oportunidades para la formación de la extrema derecha. ¿Cómo puede ser que la ciudad, lugar de encuentro y factor tradicional de integración social, la ciudad cuyo aire, se dice, libera a los hombres, se haya convertido en el receptáculo de los miedos y odios cuya viva expresión es el voto a favor del FN?

Muy tardíamente, en comparación con otras grandes democracias occidentales, el proceso de urbanización en Francia, tuvo un rápido

auge, sellado por el enorme crecimiento de las grandes aglomeraciones urbanas luego de la segunda guerra mundial, y posteriormente, en los años sesenta, continuó en ascenso gracias a la construcción de grandes centros habitacionales en la periferia de las grandes ciudades, y a los proyectos de las nuevas ciudades. A este proceso se agregaron una dinámica de movilidad social ascendente, la difusión de la educación y del consumo de bienes culturales y un modelo subyacente de mezcla social y promoción de los individuos, mientras que se recurría a la mano de obra extranjera para realizar las tareas menos calificadas del trabajo productivo.

La abierta crisis de los años setenta volvió a cuestionar tanto el crecimiento urbano por sí mismo como los modelos de integración social relacionados con él. La ciudad ya no representaba esa *nueva frontera* donde se podían proyectar esperanzas y ambiciones; los grandes conjuntos de la periferia quedaron desheredados.

Al mismo tiempo, el continuo crecimiento del desempleo, el total desmantelamiento de algunos sectores productivos (siderurgia, minería), y la precariedad del trabajo afectaron a una parte cada vez mayor de la población y el empleo de mano de obra extranjera se frenó; no obstante, las políticas de integración familiar aumentaron la presencia de la población de origen extranjero en los espacios públicos.

Es en las zonas populares de las grandes aglomeraciones donde se manifiestan con mayor agudeza las consecuencias de la crisis urbana, cuyas características son: altos índices de desempleo, gran porcentaje de población extranjera, degradación de las condiciones del hábitat y delincuencia difusa. Merece un breve análisis la especial importancia que ha adquirido en Francia el asunto de las periferias, a menudo presentado como la actualización de la cuestión social.

En efecto, existe cierta desproporción entre los incidentes a veces violentos que ocurren en algunas ciudades muy pobladas y la dramatización que, por una serie de reduccionismos, lleva a considerar a las periferias como el foco de una explosión social inminente. Esta temática compartida por varios de los responsables políticos y muy difundida por los medios de comunicación, sirve como argumento para poner en marcha un conjunto de políticas públicas fundadas en la *territorialización* de la acción pública. Nuestro objetivo no es cuestionar aquí los fundamentos de esta política ni analizarla, sino sólo observar algunos de sus efectos perversos: la territorialización de las políticas sociales, eficaz en la coordinación de la acción pública, contribuye a poner de manifiesto la división que existe entre los centros urbanos y las periferias, al mismo tiempo que la "política de la ciudad" intenta combatir

sus efectos. En cierta medida sirve para validar el esfuerzo de dramatización con el que el FN articula su propaganda. Si las periferias están a punto de convertirse en guetos semejantes a ciertos barrios de algunas ciudades de Estados Unidos, lugares sin ley, entonces el sentimiento de inseguridad que siente una parte de los habitantes está fundamentado, y el llamado al orden y al respeto de la ley resultan muy necesarios.

Este sentimiento de inseguridad, por lo demás, no es mayor a mediados de los años ochenta de lo que fue diez años antes, como bien lo apunta el politólogo Piero Ignazi.³ De hecho, el índice de "inquietos" en Francia pasa de 70% en 1975 a 59% en 1984. El decremento de las inquietudes que se logró durante una década se frenó cuando los medios políticos legitimaron la expresión de la inseguridad.

De alguna manera el desplazamiento de la cuestión social desde los ámbitos de la empresa y las relaciones de producción hasta el de la ciudad, y la tensión entre el centro y la periferia urbanas, transmiten la idea de una situación conflictiva difusa, de un conflicto sin actores claramente identificados.⁴ A este peligro, presente en la fórmula abstracta de la exclusión, el FN le proporciona un rostro concreto, el del inmigrado, víctima propiciatoria.

El surgimiento de la inmigración como reto político surge en Francia en un contexto complejo, marcado por la escasez de empleo (y dentro de la competencia entre nacionales y extranjeros), la segregación socioespacial que concentra en la periferia a pobladores de origen extranjero y a los reprimidos de la descolonización, sobre todo de la guerra de Argelia, con un pasado turbio y como tal, mal asumido. El racismo ordinario y el miedo al extranjero no surgieron con la aparición del FN. Desde mucho tiempo antes ya existían de manera latente, pero no se les había incluido en el campo de la política.

El que se haya constituido un reto político a partir del asunto de la inmigración ocurrió en buena medida cuando se reunieron un operador político especializado en convertir tendencias existentes en comportamientos políticos y una situación de crisis urbana, *interpretada* como forma actualizada de la cuestión social.

Pero aún falta que se opere en el seno del electorado una selección de sujetos susceptibles de suscribirse a semejante operación de conversión y que el FN reclute a sus bastiones.

³ P. Ignazi, "Un nouvel acteur politique", en N. Mayer y P. Perrineau, *op. cit.*

⁴ H. Rey, *La peur des banlieues*, por publicarse.

EL PERFIL DE LOS ELECTORES DEL FRENTE NACIONAL

Las características sociales de los electores del Frente Nacional quizá sean menos importantes que sus inclinaciones psicológicas. En efecto, el FN de entrada nació interclasista, lo que lo diferenciaba sensiblemente del electorado que había sostenido en 1956 al movimiento efímero pero pujante de Pierre Poujade, un electorado integrado por profesionistas, independientes del comercio y del artesanado. Sin embargo hay que resaltar algunos de sus rasgos y apuntar los cambios significativos que lo han transformado.

Las constantes

El electorado del FN se define en su mayor parte como masculino y joven; quienes tienen categorías superiores y especialmente las personas con escolaridad elevada ocupan un lugar menos importante. De este modo, en las elecciones presidenciales de 1988 Le Pen obtuvo el apoyo de 18% de los hombres y 11% de las mujeres, en las de 1995 de 19% de los hombres y 12% de las mujeres. Asimismo 16% de los electores de entre 18 y 25 años de edad se pronunció a su favor en 1988 y 18% en 1995; este rango de edad fue dos puntos superior al resultado promedio obtenido por el líder del Frente Nacional. Por el contrario, las personas con un nivel superior de instrucción muestran una mayor reticencia ante la formación de la extrema derecha: 12% votó por Le Pen en 1988 y 9% en 1995 (según los sondeos poselectorales de la SOFRES). Hay que agregar que no obstante la presencia de un fuerte componente de católicos integristas en las filas del FN, sus electores son reclutados más entre los católicos no practicantes o personas sin religión que entre los católicos practicantes.

Los cambios

Las constantes sólo logran definir de una manera muy imperfecta el perfil de los electores lepenistas. De hecho a partir de 1984 han ocurrido cambios significativos que han afectado la composición de este electora-

⁵ P. Perrineau, "La dynamique du vote Le Pen", en P. Perrineau y C. Ysami (coords.), *Le vote de crise*, Presses de Sciences Po, 1995.

do. Retomando la clasificación propuesta por Pascal Perrineau,⁵ se podrían distinguir tres grandes etapas. Entre los años 1984 y 1986 el avance lepenista se da primero en los medios de profesionistas independientes, entre los que el FN obtiene resultados superiores en 50% a su nivel promedio. Con las elecciones presidenciales de 1988 los obreros otorgan un apoyo masivo al FN, siempre ligado al universo de la tienda y el artesanado. La década de los noventa corresponde a un gran avance del arraigo electoral dentro de las clases populares. Así, en 1995 uno de cada tres electores obreros y uno de cada cuatro desempleados votan por Le Pen, mientras que se asiste a un retroceso notable de los profesionistas independientes.

Estas modificaciones en la composición social del electorado lepenista no dejan de surtir efectos en las características políticas e ideológicas de los electores. Así, la contribución de los viejos electores de izquierda crece sensiblemente y un número considerable de ellos, a pesar de votar a favor de la extrema derecha, continúa definiéndose a sí mismo como gente de izquierda. De los electores de Le Pen en 1995 18% se clasifica dentro de la izquierda o de la extrema izquierda, en relación con el eje izquierda derecha, y sólo 30% dentro de la extrema derecha frente a 45% en 1988. De hecho, las características de los bastiones del FN en muchos aspectos representan un espacio intermedio entre los electores de derecha y los de izquierda. Simpatizantes de la intervención de la fuerza pública y reservados frente al liberalismo económico y en ocasiones más permisivos respecto a ciertos comportamientos que los electores de la derecha tradicional (homosexualidad, derecho al aborto), se distinguen de los demás por un perfil psico-social muy específico.

LAS INCLINACIONES PSICOLÓGICAS ESPECÍFICAS

Los electores del FN se caracterizan por su excepcional propensión a subrayar la importancia de la autoridad y la necesidad de la represión contra quienes consideran descarriados (85% declaran estar a favor del restablecimiento de la pena de muerte frente a 61% de los electores de la derecha tradicional), son los más pesimistas en cuanto a la apreciación de su propio futuro y de la sociedad, y quienes más experimentan un profundo sentimiento de aislamiento. Partiendo de una imagen particularmente negra del Estado y la sociedad, no ven otra salida fuera de la restauración de los valores tradicionales y se suscriben a un nacionalismo de retracción. Más que el resto del electorado,

experimentan una relación directa, sin mediación, entre su situación personal y los cambios de la sociedad francesa. La reivindicación de su xenofobia y de un agudo sentimiento de inseguridad se basa en una pérdida de identidad y de referencias en un mundo abierto, donde el papel de Francia les parece minimizado, proceso contra el cual no ven más solución que el repliegue a los valores tradicionales y la restauración de las comunidades primarias: la familia, la localidad, el país.

El etnocentrismo que propiamente los caracteriza ha sido atinadamente puesto en evidencia por Nonna Mayer,⁶ quien, a partir de las respuestas a una encuesta postelectoral de 1988, elaboró una escala de actitudes etnocéntricas cuya puntuación se incrementa regularmente con la afirmación de simpatizar con el FN. De modo que del sector de la muestra global que presenta una puntuación elevada (21%), la proporción "alcanza 36% de quienes no excluyen la posibilidad de votar por el FN, 50% de quienes votaron por Le Pen en la primera vuelta de la elección presidencial de 1988, 64% de quienes se declaran cercanos a este partido" y 71% de quienes afirman haber votado en varias ocasiones por el FN. Esta proporción extremadamente alta no es sólo el resultado mecánico de los dos grandes factores a los que a menudo se recurre para dar cuenta del etnocentrismo: la pertenencia a medios desfavorecidos y los bajos niveles de instrucción. Ciertamente la pertenencia a medios desfavorecidos puede alimentar un sentimiento de inseguridad que genera racismo e intolerancia y un bajo nivel de instrucción a menudo se correlaciona con el aislamiento del individuo en lo social, lo cultural y lo político, lo cual constituye un terreno favorable para la reivindicación de una posición etnocentrista. En este sentido, las características de los electores del FN antes mencionadas más bien validarían estas hipótesis. Sin embargo, los factores psicosociales y cognoscitivos no bastan para justificar cabalmente el etnocentrismo distintivo del electorado del FN ya que, por ejemplo, sus simpatizantes cultivados y con un estatus social elevado no son menos etnocentristas que los demás. Solamente la interacción de estos factores y otro propiamente político, el surgimiento de una fuerza política que legitime la xenofobia y el autoritarismo, permite aprehender la dimensión del fenómeno.

⁶ N. Mayer, "Ethocentrisme...", *op. cit.*

LA CRISIS DE LA REPRESENTACIÓN POLÍTICA

Es importante recordar el contexto en el que surge el FN en la escena política nacional, porque abarca factores que son esenciales para explicar los primeros triunfos de esta agrupación.

En 1981 la victoria electoral de la izquierda ocasiona, por primera vez desde la fundación de la V República, una alternancia en la conducción de los asuntos del país, la cual es considerada ilegítima por una parte de la derecha, quien radicaliza sus posiciones, actitud que se traduce en la promoción de temas poco presentes durante el anterior periodo de gestión de la derecha moderada de los asuntos públicos. La violencia de las polémicas, y la asimilación común de la política de reformas del gobierno socialista a una colectivización de la economía francesa y a un proyecto que aniquila la libertad para la sociedad tienden a dramatizar el enfrentamiento político. Una parte de los electores de derecha implicados en este proceso de radicalización y desconcertados por la derrota electoral de los partidos tradicionales queda a la expectativa de nuevas propuestas.

En el lapso comprendido entre 1982 y 1983, a causa de las presiones exteriores, el poder socialista da por terminado su programa de reformas sin rendir cuentas ni presentar explicaciones. El desempleo gana terreno y los efectos sociales de la alternancia política tienden a desaparecer, lo que provoca decepción y desilusión entre las clases populares que tanto habían contribuido a la victoria de la izquierda. En este doble movimiento de radicalización de la derecha y de desilusión de la izquierda se inscribe el avance del FN. Para muchos observadores, éste resulta aparentemente efímero: el retorno de la derecha al poder significa el retorno de la extrema derecha a la marginalidad. En 1986 la derecha gana las elecciones legislativas con un programa neoliberal que ofrece dar solución a corto plazo al problema del desempleo, cuyo crecimiento no había podido frenarse. No lo logra y dos años más tarde sufre un doble fracaso tanto en las elecciones presidenciales como en las legislativas. Después de la reelección de F. Mitterrand, el gobierno de Rocard se orienta a un tratamiento social del desempleo, con lo que se cierra el futuro a los excluidos del crecimiento. A los ojos de estos últimos, la similitud de las formas de gestión de la crisis contrasta con la oposición retórica de los dirigentes, de lo que resulta el descrédito de la clase política vilipendiada por el FN. Esta crisis de la representación política es agravada por una serie de casos de corrupción que provocan desconfianza hacia los partidos de gobierno, tanto de izquierda como de derecha. La esperanza puesta en los políticos y en la

capacidad de las fuerzas políticas tradicionales para cambiar las cosas queda por los suelos. Con una mezcla de denuncias que involucran a los políticos, de propuestas simplistas (expulsión de los extranjeros para solucionar el problema del desempleo), de antiestatismo y exaltación de los valores tradicionales, el EN se mofa de las dificultades de las fuerzas políticas tradicionales, y éstas, luego de algunos compromisos y vacilaciones, deciden aislarlo.

Ninguno de los elementos explicativos que hemos presentado para dar cuenta del surgimiento del Frente Nacional a mediados de los años ochenta es por sí mismo suficiente. Interclasista, variado en cuanto a sus definiciones políticas y procedencia, contradictorio en sus objetivos y en sus motivaciones, el electorado del FN no es homogéneo, lo que significa que carece de rasgos distintivos. La convergencia particular en torno a las preocupaciones por la inseguridad y la xenofobia son producto de lógicas plurales apuntaladas por la legitimación que les otorga la reivindicación de una formación política constituida en torno a estos retos, cuyo triunfo no puede desligarse del contexto que le ha permitido afirmarse, pero que establece en el tiempo una temática de repliegue y rechazo en el espacio de la política.

Traducción de MARÍA JIMÉNEZ MIER Y TERÁN